

EL CHICO DE FUEGO

ALMENDRA VEIGA



Almendra Veiga

EL CHICO DE FUEGO

 **Planeta**

CAPÍTULO 1

BASTIAN

Sentado contra la pared mohosa del cuartucho asfixiante asfixiante al que llegó a considerar su hogar, Bastian observaba cómo las paredes a su alrededor se achicharraban por el fuego que amenazaba con derrumbarlas.

Solo se dedicó a observar, dejando que un calor inexistente besara su piel.

Sentía espasmos en las piernas que lo invitaban a levantarse, a correr, a esconderse debajo de una piedra hasta que todo desapareciera. Pero se mantuvo quieto, con la cabeza apoyada sobre una mancha de humedad y con los ojos clavados en el fuego, intentando descifrar cómo su mente era capaz de crear aquello, intentando descifrar cómo controlar el odio que sentía.

Un odio que la tarde anterior había explotado en mil direcciones cuando se cruzó con la cartelera colorida pegada en el centro de la ciudad. Lo tomó desprevenido, con la guardia baja y las emociones demasiado expuestas.

No había podido dormir en toda la noche porque se le instaló una idea absurda en el fondo del cráneo. Un pensamiento que en un principio parecía descabellado, casi suicida, pero que al correr de las horas había ido tomando forma hasta ser lo suficientemente coherente como para que el corazón le martillara fuerte en el pecho.

O quizás era el sueño que, quitándole toda lucidez, pensaba por él.

Si miraba rápido en el espejo que tenía sobre la mesa, sus ojeras parecían moretones viejos. Una acumulación extraña de colores violáceos y verdes, metidos dentro de dos surcos profundos. Se levantó del rincón en el que estaba sentado,

agarró la palangana de madera llena de agua marrón —tan turbulenta que lo terminaría ensuciando más que otra cosa—, y comenzó a frotarse las axilas y la cara con ella. Luego del intento de aseo, se puso el traje de taxista que había regateado en la tienda de la vieja Mone, con su largo saco marrón y su boina de persona bondadosa, y cruzó la húmeda e hinchada puerta de su casa.

El traje era bastante horrible y pesado, con pliegues en los lugares equivocados y montones de hilos sueltos que pinchaban su piel. Pero a pesar de todo lo elegiría antes que cualquier otra cosa, porque así, con el disfraz cubriéndolo y siendo alguien completamente distinto, era el momento en el que más seguro se sentía. Nadie nunca les prestaba atención a los taxistas, pasaban de largo entre el amontonamiento de gente. Eran fantasmas vivos caminando por las calles podridas de Queresser.

Se dirigió a lo alto del edificio en el que vivía y observó durante largos minutos los tumultos de personas que rodeaban el mercado. Contempló los colores vivos de los frutos y carteles contrastando con las telas marrones y sucias que vestían los vendedores. Gente extremadamente cerca, piel con piel, compartiendo el olor a transpiración, pescado y verduras podridas. Invasidos por sonidos chillantes de los gatos callejeros y las carretas que chapoteaban contra el agua estancada de las calles. Semanas después se acordaría de aquel instante y se culparía por no habérselo guardado en la memoria porque, a pesar de la mugre y la muerte que emanaba la ciudad, extrañaría ese algo casi vivo que se escondía bajo el cemento.

Los viernes las personas se volvían particularmente locas por caminar entre las calles del centro, buscando el pescado recién llegado del puerto, rebajas o telas exóticas, y si eran afortunados, llevarse también un buen chisme que contar en sus miserables hogares.

En cuanto vio desde lo alto a un cincuentón regordete parado en el centro de la plazoleta, vestido con unos ropajes decentes y un buen reloj en su muñeca, supo que el día sería fácil. El hombre no paraba de frotarse la espalda con sus manos gordas y bien cuidadas. Su mirada se encontraba atenta, moviendo sus ojos de un lado al otro buscando algo que lo sacara de allí.

CAPÍTULO 2

HENRY

Henry no tenía ni la menor idea del lugar en el que se encontraba. Su esposa le había advertido que una cantidad insufrible de gente concurría el mercado los viernes, pero estaba en su naturaleza ser terco y esa mañana creyó que sería buen plan pasar a comprar una pata de cerdo antes de embarcar hacia Donato.

Su espalda comenzaba a dolerle de sobremanera por llevar la pesada valija con el increíblemente pesado pedazo de cerdo. Su metro sesenta no le permitía estirarse por encima de la gente en búsqueda de algún carro que lo llevara al puerto, por lo que no pudo pensar en otra cosa más que en agradecimiento cuando un joven de pelo negro y ojos aún más negros se acercó con sonrisa bondadosa y paso ligero. No notó sus ojeras profundas, ni el deje hambriento que reflejaban sus pupilas, no notó que el traje de taxista le quedaba un poco grande y muchísimo menos notó la reiterada cantidad de veces que se acercó de más para rozar sus cuerpos.

—¡Ey, caballero! —le habló sonriente—. Pareciera que está en busca de algo, ¿será que necesita un coche que lo lleve a su destino?

—¡Oh! ¡Sí! Ne... necesito llegar a Donato lo antes posible. Pronostican lluvia para esta noche y no quiero que me agarre el chaparrón en el camino. —Henry dibujó una sonrisa nerviosa antes de continuar—. La última gran tormenta la tuve que pasar en un burdel. ¡No me quejo, pero vio cómo se ponen las esposas!

Sus redondos cachetes se tornaron rojizos al pensar en eso. Todavía podía sentir el alcohol bailándole por la sangre y las manos cálidas de las mujeres recorriendo su cuerpo. Quizás por la

excitación repentina que sintió, no notó cuando se le desprendió el reloj de la muñeca.

—Es su día de suerte entonces, ¿ve ese carro de allí? —preguntó el joven señalando a un cúmulo de carros que se cernían cruzando la plaza—, es nuestro mayor orgullo, llega a casi sesenta kilómetros por hora, toda una maquinaria.

Henry abrió los ojos hasta dejarlos como dos pelotas verdes. Había escuchado varios rumores sobre aquellas carretas y se moría de ganas de refregarles a sus compañeros del bar que se había subido a una.

—Sus maletas, señor —sugirió cortésmente el joven, levantándolas del suelo y amagando a entregárselas—, no vaya a ser que venga un desgraciado y se las robe.

Henry pensó en el moretón que le cubría la piel bajo la camisa y lo recorrió un escalofrío.

—¿Podría llevarlas por mí? Tengo la espalda totalmente contracturada. El otro día bajando de las escaleras tuve un tropezón con las medias de mi esposa —comentaba tocándose en círculos la zona dolorida.

—Por supuesto.

El joven le hizo preguntas de todo tipo y Henry, que disfrutaba la atención más que cualquier otra cosa, se sentía extasiado de poder hablar tanto.

Y lo siguió haciendo aun cuando el chico desapareció entre la muchedumbre. Le contó historias al aire sobre su esposa, sus hijos y los problemas que lo atormentaban. Y cuando el viento le respondió con algo muy parecido a una risa, supo antes de siquiera verlo, que había perdido todo su equipaje.